

Pier Paolo Pasolini

PORNO-TEO-KOLOSSAL

seguido de **El cine**

Traducción y selección
de Guillermo Piro

INTERZONA

PORNO-TEO-KOLOSSAL

seguido de EL CINE



Pier Paolo Pasolini

PORNO-TEO-KOLOSSAL

seguido de EL CINE

Traducción y selección de textos
de Guillermo Piro

INTERZONA

INTERZONA

Pasolini, Pier Paolo,
Porno-Teo-Kolossal / Pier Paolo Pasolini. - 1a ed - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Interzona Editora, 2022.
112 p.; 18 x 12 cm. - (Zona de Traducciones)
Traducción de: Piro, Guillermo.

ISBN 978-987-790-063-7

1. Literatura Italiana. 2. Microficción. 3. Guion Cinematográfico.
I. Piro, Guillermo, , trad. II. Título.
CDD 853.92

Porno-Teo-Kolossal se publicó por primera vez en 1989 en Italia.

© 2022, Garzanti S.R.L.

© de la traducción, Guillermo Piro, 2022

© 2022 interZona editora

interZona editora, 2022
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza
Traducción, selección y epílogo: Guillermo Piro
Asistencia editorial y tapa: Fernando Ozón
Imagen de tapa: *Retrato de Felipe IV en Fraga*, de Diego Velázquez

ISBN: 978-987-790-063-7

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



PORNO-TEO-KOLOSSAL*

* *Porno-Teo-Kolossal* apareció por primera vez en la revista *CineCrítica* en 1989. Años después fue reeditado, junto a la “Lettera a Giulia Maria Crespi”, en el Tomo 2 de *Per il cinema*, de Pier Paolo Pasolini, selección de Walter Siri y Franco Zabagli, Arnoldo Mondadori, Milán, 2001.

PRÓLOGO

Nos encontramos en la oscuridad y el silencio de las alturas cósmicas. En el fondo, a nuestros pies, se ve el globo terrestre.

(Sería oportuno, naturalmente, que no se tratara de un globo artificial, sino del globo terrestre verdadero, exactamente como se ve en las fotografías que saca un astronauta desde una nave espacial.)

Se ven las huellas rugosas de la Tierra, las manchas grises de los mares, los confines de los continentes, etc., etc., hasta que, en determinado momento –ya que el globo, naturalmente, gira– se presenta ante nuestros ojos la silueta, nebulosa y rojiza, de Italia.

En ese momento se empiezan a oír voces lejanas, gritos, llamados, e incluso una voz que canta una vieja canción popular napolitana, muy tenue debido a la distancia.

Nos acercamos cada vez más... y he aquí el panorama de Nápoles. Nápoles vista desde lo alto, con sus callejuelas, sus pequeñas plazas, sus casitas.

Es el amanecer, las voces que oíamos aún son bastante raras: de mujeres, de niños... El que canta es un barrendero que anda por las callejuelas.

Pero a pesar de esta atmósfera cotidiana y tranquila del alba, se escucha que en aquellas voces hay algo extraño, cierta agitación; algo vagamente dramático. No se entiende bien de qué se trata.

Luego, en cierto momento, se abre una ventanita en una de las paredes descascaradas de una callejuela: y en esa ventanita se asoma Eduardo De Filippo, medio dormido y despeinado. Él mira alrededor y dice: “.....”.¹

Desde el interior del apartamento le responde una voz femenina: su mujer: “.....”.²

Él se gira, paciente, cierra la ventanita, vuelve a entrar a la casa y se prepara para una larga jornada. Intercambia algunas palabras con su mujer, que es una napolitana vieja como el mundo, gorda, desgredada y eternamente en la cama, con una pierna enorme. (Y a lo mejor, allí cerca, hay una que la asiste, pálida, negra y muda.)

En el corredor hay otro personaje, todo despeinado e hirsuto: es el siervo; y enseguida sabemos que Eduardo De Filippo lo contrató justamente la tarde anterior y que lo puso a dormir allí, en el corredor, en un catre.

Eduardo despierta al siervo, le hace el gesto de seguirlo, toman una gran bolsa y salen para hacer las compras.

1. Frase en napolitano que se debe inventar (cfr. tal vez *Il mare non bagna Napoli*, de Anna Maria Ortese; trad. esp. de Francesc Miravittles, *El mar no baña Nápoles*, Minúscula, Barcelona, 2008).

2. Ver nota precedente.

El siervo contratado la tarde anterior, desde su primera aparición demuestra claramente que no tiene ninguna intención de satisfacer a su amo; no se siente de ningún modo partícipe de su vida; en suma, se ocupa de sus propios asuntos. Obedece, sirve, pero nada más. Se diría que su aspecto no es hostil, sino muy extraño, muy desapegado, muy brusco, casi descortés. Pero Eduardo ignora todo esto, como buen viejo señor napolitano.

Los dos bajan las escaleras, salen a la callejuela y comienzan las compras.

Pero he aquí que esa inquietud, esa especie de dramaticidad que se advertía en las confusas voces del alba, se hace cada vez más manifiesta y desconcertante.

A medida que los dos se acercan a la plaza del mercado, la atmósfera se vuelve más dramática, hasta que Eduardo y su siervo, Ninetto, se encuentran en el centro de una situación absolutamente extraordinaria.

Se trata de esto: en Nápoles se vive, se llora, se ríe, se amanece, se discute, se pelea, se ruega, se canta, porque se esparció la voz, misteriosa, de que en alguna parte nació el Mesías.

Este Mesías deberá llevar felicidad entre los hombres, orden, riqueza, bondad, fraternidad y todas las otras cosas que los hombres, y en particular los napolitanos, desean: incluso las más simples, las más ingenuas.

Hay quien, a los gritos, cree en eso, y quien, a los gritos, no cree; entonces los que no creen pelean con los que creen, y los que creen pelean con los que no creen. Resumiendo, se intensifica la vieja barahúnda napolitana de las grandes ocasiones. Cosa que en realidad ocurre todos los días en Nápoles; pero esta vez efectivamente no se puede ocultar que la razón es

verdaderamente única, excepcional, histórica. ¡El nacimiento del Mesías!

El Mesías de acá, el Mesías de allá... el Mesías viene, el Mesías no viene, no es verdad, son mentirosos, son putos... idiotas... Eduardo escucha todo con mucha curiosidad y con las orejas paradas; pero él está conmovido y se muestra solemne, como si se tratara de algo decisivo para su vida. Eduardo De Filippo es, de hecho, un Rey Mago.

Es por eso que gracias a sus estudios astronómicos, a sus cábalas, a sus cálculos, desde hace meses y meses, tal vez desde hace años, esperaba este día: el día del anuncio del nacimiento del Mesías. Al oír la voz del pueblo y comprobar, que, tal vez, su profecía se está cumpliendo, después de la conmoción solemne, él es presa de un ímpetu de íntima felicidad, y trata de comunicársela a Ninetto, balbuceando, riendo... Pero Ninetto en esta ocasión –tan excepcional– tampoco le da ninguna satisfacción, con el aspecto de quien dice (él es romano): “¡Eh, no son asuntos míos, a mí qué me importa su Mesías!”.

Sin hacer las compras, con la bolsa vacía, Eduardo vuelve corriendo a casa, entra y, sin aliento, le comunica la noticia a su mujer, casi en un estado de felicidad delirante. Ninetto se queda aparte, escéptico, enfurruñado y un poco irónico (cada tanto alguna frase graciosa, naturalmente). Eduardo, una vez que le ha comunicado el gran acontecimiento a su mujer, corre a consultar sus papeles, sus libros, para ver si era efectivamente ese el día en que el Mesías debía nacer..

El Rey Mago se pasa todo el día haciendo cálculos e investigaciones en sus textos... Luego, a la tarde, arrastra nuevamente consigo a su siervo por las calles, para profundizar mejor, aquí y allá por la ciudad... En Forcella... en el Vomero...

en Margellina... toda Nápoles no es más que un gran teatro donde se lleva a cabo la escena más grande de su historia...³ Hasta que cae la noche. Eduardo está de nuevo en la ventana de su apartamento: se trata de la ceremonia vespertina de toda su vida. Debe cerrar la ventanita, del mismo modo que a la mañana la había abierto. Y he aquí que en el momento en que está por atraer hacia sí la ventana destartalada, sucede el último, definitivo suceso de aquella jornada memorable: casi su culminación sublime. Alta, nítida, purísima, en las profundidades del claro cielo nocturno, Eduardo ve la Estrella Cometa.

Y él sabe bien que esa Estrella está allí para indicarle el camino que deberá seguir para ir a adorar al Mesías.

* * *

Preso de una alegría aún más profunda, más plena, más total, Eduardo decide (y se lo anuncia a toda la casa) que partirá al día siguiente. Enseguida comienza a hacer los fardos. ¿Para una fiesta? ¿Para un último adiós?

3. Tal vez Eduardo haga esta escena con Ninetto, porque sus libros le habían dicho que hubiese debido llamar al Cometa con la primera palabra que se le ocurriera a un napolitano con una verruga en la nariz. Y este napolitano finalmente encontrado, pronuncia como primera palabra “puta”, o bien “Almeja”, etc...

* * *

A la mañana siguiente, Eduardo vuelve a abrir la ventanita, listo para partir. Y he ahí que allá arriba justo el Cometa se mueve, como indicándole el camino.

Seguido por Ninetto, baja las escaleras, sale a la callejuela, se dirige a la estación, siempre con los ojos mirando al cielo, apuntando al Cometa.

Avanza De Filippo –apretando contra su pecho un misterioso paquete–, triunfante, pero aún confuso, un poco conmovido (con el pañuelo se seca las lágrimas del adiós a su casa, a su mujer y ahora a su ciudad; pero son lágrimas mitad de dolor y mitad de felicidad), y detrás va Ninetto con las valijas.

Llegan a la estación de Nápoles y allí se cruzan con otros Reyes Magos que siguen también la Estrella Cometa, pero no se ponen de acuerdo sobre la dirección; uno parte para el sur, otro para el este. Eduardo y Ninetto toman el tren hacia el norte.

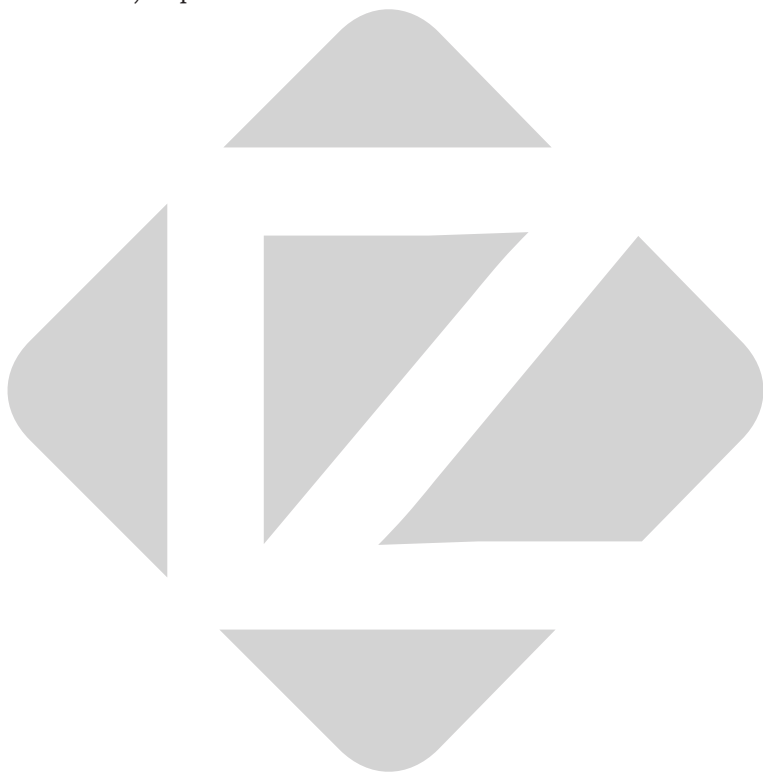
Comienza así su viaje, el largo viaje de sus vidas.

* * *

Mientras el tren va hacia el norte, traqueteando, tiene lugar la primera de las escenas (que se repetirán varias veces a lo largo del film) en que Ninetto se pone a cantar (sosegándose para la ocasión) una canción napolitana, mientras que Eduardo hace una “contraescena cómica”.⁴

4. Por inventar. Cfr. carta a Eduardo.

El tiempo pasa, con esta cancioncita napolitana de adiós, y he aquí que ya estamos en las cercanías de la que, geográficamente, debería ser Roma, pero que en cambio, en nuestro film (que es todo una enorme metáfora que invierte y reinventa la realidad) se presenta con el nombre de Sodoma.



SODOMA

El tren, disminuyendo la velocidad, entra en la estación (donde de hecho, en vez de estar escrito “Roma Termini” dice “Sodoma Termini”).

Eduardo, con su paquete bien apretado, y Ninetto, con sus dos grandes valijas, bajan del tren y van hacia la salida de la estación.

Se asoman a la Piazza dei Cinquecento.

Aquí también –como en el amanecer en el que hemos visto Nápoles– todo parece absolutamente normal: es la Piazza dei Cinquecento habitual, con su tránsito, sus pasajeros, sus bares... Pero aquí también hay algo que está fuera de la norma, inesperado, extraordinario.

Mientras tanto, a la salida de la estación hay un control policial: bien, los policías no son de ninguna manera los policías enemigos, los antipáticos de siempre. Son jóvenes muy simpáticos, muy cordiales, y es con mucha gracia que a todos los pasajeros –que son obligados a hacer cola con una burocracia por otra parte muy ágil y muy simple– les piden sus datos.

Con la mayor parte de los viajeros que bajan, ellos se entienden enseguida; con Eduardo, en cambio, tiene lugar un dialoguito más bien cómico. De hecho los guardias le preguntan a Eduardo... ¿si él ama a las mujeres o a los hombres!! A dicha pregunta, no sin cierta orgullosa indignación, el viejo napolitano, escandalizado, responde: “¡Compañero! ¡las mujeres! ¿Pero qué preguntas son esas?” “¡Muy bien! Pero no fue una pregunta prepotente o violenta”, explican los guardias, “pero, si a usted le gustan las mujeres... oh, Dios, puede ir a donde quiera, naturalmente también al centro... pero será más apropiado para usted y aconsejable para el orden de la ciudad ir al barrio Burgués.”

Eduardo mira a Ninetto (quien no le da ninguna satisfacción) e impertérrito hace el gesto de quien dice: “¡Ma sí, vámonos!”.

Y se van. Toman el tranvía (porque toda esta Roma –aunque no reconstruida a la perfección, cosa que sería imposible– es la Roma de los años cincuenta; por lo tanto está la vieja red tranviaria de entonces, con todas sus paradas y sus conexiones, así como sus grupos de muchachitos).

* * *

A través de este viajecito de Eduardo y Ninetto hacia el barrio que les fue aconsejado por la policía descubrimos o, mejor, tenemos las primeras impresiones de la Ciudad de Sodoma.

En un principio no está del todo claro de qué ciudad se trata, porque el descubrimiento solo puede ocurrir lentamente. A una primera mirada, Sodoma parece una ciudad normal: la Roma de los años cincuenta, justamente.

Pero por ejemplo se ven, en los jardincitos y por las calles, grupos de hombres juntos, no solo de muchachos, no solo de adultos, sino también de muchachos y adultos mezclados. Y así las mujeres están todas solas. En los bares no se ve ninguna pareja, no se ven hombres y mujeres con niños, etc., etc. En cambio se ven jovencitos y muchachitos juntos, o bien hombres y jovencitos, o bien mujeres y jovencitas. Incluso, en cierto momento, Eduardo –a quien todo esto le parece un sueño– ve, pasando a través de los bosques de Celio, contra una pared, a un muchacho y un hombre que se besan tiernamente, como suelen hacer las parejas.

Luego, más adelante, después de una curva del tranvía traqueteante, ve –pero no cree en sus ojos (tal vez sea una alucinación)– una pareja de dos mujeres –de las que una es adulta y la otra una muchachita– tomadas de la mano, que cada tanto se dan un beso... Luego hay una aparición que no tiene nada de especial, pero que impacta a Eduardo en lo más profundo de sus sentimientos de hombre... macho. Se trata de un Mercedes negro, detenido en un semáforo, escoltado por dos motociclistas-policías. Dentro del Mercedes, inmóvil, dura como una estatua, hay una mujer bellísima. “Es una reina”, murmura Eduardo, estático, “¡una reina!”. Finalmente llegan al barrio Burgués. Este es, una vez más, un viejo barrio de la Roma de los años cincuenta. Pero aquí también, como es habitual, hay algo anormal, extraño; es como si este barrio fuese un barrio aislado, con algunos grupos de policías (simpatiquísimos, agradables, muy agradables, alegres, con nada policial) que recorren las calles aquí y allá. Evidentemente se trata de un barrio particular, donde vive gente particular.

Como luego veremos, se trata de aquellos que en el campo del sexo tienen gustos normales (los que *nosotros* llamamos gustos normales y que en cambio, en la ciudad de Sodoma, son evidentemente considerados anormales).

Llegados a este punto se presenta para Eduardo y su siervo (como en toda historia picaresca que se respete) el problema de dónde alojarse; la Estrella Cometa sigue inmóvil en medio del cielo, alta y brillante sobre Sodoma.

Evidentemente, Eduardo debe detenerse y alojarse allí.

Mientras los dos están en busca de un lugar donde alojarse –pensión, apartamento o albergue– en cierto momento Ninetto rompe su malhumorado silencio y larga una propuesta totalmente inesperada: dice a Eduardo: “¿Por qué no le escribe una postal a su mujer, que estará sola y extrañándolo? Vamos, escríbale una postal”. Eduardo, asombrado, acepta el consejo y obedece; efectivamente, siente que es justo escribirle una postal a su mujer, a la que ha dejado en la tan lejana e irrecuperable Nápoles... Los dos entran así en una tabaquería, Eduardo toma una postal¹ y escribe la dirección: callejón Tres Reyes *Nápoles*.

Allí, junto a él, hay otro hombre de su misma edad, un poco más joven tal vez, de aspecto simpático; él también está escribiendo en una postal la dirección: callejón Scassacocchie *Nápoles*.² ¡Es otro napolitano, entonces! Los dos se reconocen

1. Aquí otro pequeño gag: todas las postales son fotografías coloreadas, con corazones, flores y palomas, donde se ven parejas de hombres y de mujeres.

2. El “vico Scassacocchi” es uno de los más famosos callejones del centro histórico de Nápoles; se encuentra en la zona de Forcella, a pocos pasos del vicolo della Pace. Su nombre deriva de la presencia de desguazade-

como compatriotas, se saludan... grandes efusiones, grandes declaraciones, grandes máximas... El viejo rito de la anagnórisis napolitana. Sin embargo en eso hay algo oscuro y “anormal”: efectivamente, el otro napolitano sabe muchos detalles de la ciudad en la que se han encontrado que Eduardo no sabe, por lo tanto se siente en el deber de explicárselos, ya sea a través de alusiones como a través de cosas dichas y no dichas. Y es por eso que su cordialidad supera un poco lo normal, digamos así. Además de que parece muy excitado por una fiesta que debe tener lugar en la ciudad de Sodoma al día siguiente...

En conclusión, este napolitano (picarescamente) toma un poco bajo su protección a los dos recién llegados.

Escrita y despachada la postal, Eduardo comienza a pedir cautas explicaciones sobre aquellas cosas extrañas que pudo divisar desde el tranvía atravesando Sodoma, y también por el hecho de que –dado que él ama a las mujeres, y que está casado– haya sido mandado a ese barrio... El napolitano termina entonces con las alusiones y comienza a dar las primeras explicaciones directas, muy simples y toscas (él es absolutamente un hombre de pueblo, que no entiende mucho las cosas que están más allá de la experiencia... y al ser alguien que se las arregla, que está allí desde

ros (*sfasciacarrozze*), que vendían a bajo precio bujes, resortes, ruedas y todo lo necesario para reciclar carrozas. Hay otra versión, y es que siendo particularmente estrecha provocaba la rotura de las ruedas de los carros y las carrozas (*scassacocchi*: rompe-carros). Su notoriedad se debe a que se apela a ella en varias obras cinematográficas y literarias. En el film *Napoli milionaria*, dirigida por Eduardo De Filippo en 1950, por ejemplo, el personaje de Pasquale Miele, interpretado por Totò, vive en ella. (N. del T.)

hace tantos años ganándose la vida, su experiencia es muy limitada). Lo que le comunica a Eduardo –en pobres palabras– es que Sodoma es una ciudad donde son todos “homosexuales”, “todos putos”. Y entonces, para poder llegar a fin de mes, él también (¡lo admite!) siempre simuló ser puto, y hace el amor con otros hombres; en suma, se adaptó a las normas y las costumbres de la ciudad de Sodoma. De profesión es (y siempre fue) músico ambulante; pero como es particularmente bueno, y tuvo también un poco de suerte, desde hace tiempo canta sus canciones en el palacio de los jefes de la ciudad. Por ahora aconseja a Eduardo y a Ninetto, para alojarse, una pequeña pensión simpática, donde se come bien, donde se duerme bien... Está allí, al final de la tortuosa callecita de viejos adoquines...

Antes de entrar con nuestros personajes en la pensión, deberíamos detenernos en dos pequeños detalles que podrían parecer irrisorios, pero que en realidad luego se revelarán, para nuestro relato, como bastante determinantes. Poco antes de entrar en la pensión “Sueño”, Ninetto ve reunidos, en la vereda de enfrente –delante de una casa, una casa cualquiera del viejo noble barrio³ a cuatro o cinco muchachos vestidos con el bellissimo y deslumbrante uniforme de los Alumnos Oficiales de la escuela de Módena. Son cuatro o cinco muchachos bellisimos, adolescentes aún, entre los dieciséis y los diecisiete años; cursan el primer año, evidentemente, de la Escuela Militar; tienen caras particularmente frescas y felices. Eduardo observa a Ninetto que los mira; y se da cuenta, ¡encima!, de que Ninetto les guiña el ojo, ¡y que ellos le guiñan el ojo a él!

3. Via del Governo Vecchio, por ejemplo.

Por la expresión de sus ojos napolitanos, que no pueden ocultar nada y significan mil cosas al mismo tiempo, está claro que Eduardo piensa: “¿Cómo puede ser? ¿Apenas hemos llegado a la ciudad de Sodoma y ya mi siervo se adapta tan tranquilamente a las costumbres de esta ciudad? ¡Bah!”. Y se rasca la cabeza.

El grupo de bellísimos alumnos oficiales de la Academia de Módena entra por el portón de la vieja casa, y allí desaparecen.

Ninetto, Eduardo y su amigo napolitano suben a la pequeña pensión. La pensión está muy bien. Eduardo, apenas suben, va a la ventana y controla la Estrella Cometa; la ve aún allí, brillante, en medio del cielo de Sodoma.

Luego, de pronto, cansado, Ninetto lo mete afectuosamente en la cama.

* * *

Mientras Eduardo duerme se oye una música, una patética cancioncilla de los años cincuenta. Nosotros, entonces, seguimos esta música hasta su fuente, para ver y oír las cosas “objetivamente”, y no ya, como sucedió hasta ahora, “a través de los ojos” de Eduardo, que en este momento está roncando.

Llegamos así a una salita donde la juventud baila en la vigilia de la gran fiesta de la ciudad. (La musiquita es *Johnny Guitar*, *Luna rossa* o *Sono carcerato e mamma muore*, en suma, una de estas canciones *d'antan*.)

Naturalmente, los muchachos bailan entre ellos y las chicas entre ellas, rígidamente divididos.

En este momento sucede algo extraño (que aquí, ahora, resumimos, pero que en cambio, naturalmente, se relata con

ÍNDICE

PORNO-TEO-KOLOSSAL

PRÓLOGO 9

SODOMA 17

GOMORRA 39

NUMANCIA 57

UR 71

EL CINE 81

CARTA A GIULIA MARIA CRESPI 87

CARTA A EDUARDO DE FILIPPO 93

EPÍLOGO:

LA ÚLTIMA PELÍCULA

Por Guillermo Piro 95

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA